

Mundos Opuestos

William MacDonald

Título del Inglés Original: Worlds Apart

Copyright1993 by William MacDonald

Todos los derechos reservados

www.william-macdonald.org

Traducido por Neria Diez Sanchez y Carlos Tomas Knott

Con permiso del autor

Editorial Berea

Apartado 1313

41080 Sevilla, Espana

Apsrtado 78

Estili, Nicaragua

CONTENIDO

Prefacio

1. El Mundo: Un Reino de Tinieblas
2. El Reino que Importa
3. El Emperador Maligno del Mundo
4. ¡Rey Jesús!
5. Los Ciudadanos del Mundo
6. Ciudadanos del Reino Santo
7. Lo que Ofrece el Mundo
8. Todo Esto, y el Cielo
9. Las Diferentes Facetas del Mundo
10. Dos Sabidurías: Fuertes Contrastes
11. Modus Operandi
12. Las Armas de Nuestra Milicia
13. Los Honores Vanos del Mundo
14. Los Verdaderos Honores
15. El Hombre del Mundo
16. El Hombre de Dios
17. ¿Qué de las Obras Sociales?
18. Conclusión

PREFACIO

Todo se aclara grandemente una vez que veamos la realidad de que, básicamente, sólo hay dos reinos. Por un lado está el reino al que la Biblia llama “el mundo”, y por otro lado está el reino de Dios, también llamado el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Estos dos reinos son mundos opuestos.

EL MUNDO: UN REINO DE TINIEBLAS

Cuando hablamos del mundo en este sentido, no nos referimos al planeta tierra, el cual Dios nos ha dado como morada temporal. Ni tampoco nos referimos al mundo de la naturaleza, el cual Dios nos ha dado para que lo disfrutemos. Y, ciertamente, no nos referimos a la humanidad, a la cual Dios quiere que amemos igual que Él (Jn. 3:16). Entonces, ¿a qué nos referimos?

El mundo es la civilización que el hombre ha construido para satisfacer sus deseos sin contar con Dios. No sólo es independiente de Dios, sino totalmente opuesto a Él. El sistema del mundo está fundado sobre principios erróneos y promueve valores falsos. Es egocéntrico. La riqueza, el sexo y el poder son elementos claves en su cultura. “Toda civilización sin Dios, desde el principio, ha sido sellado con maldición; y todo lo que el hombre, sin Dios, llama avance, invento y progreso, tan sólo se asemeja a la construcción de la torre de Babel, esencialmente idólatra, y centro de vanagloria”.ⁱ

Satanás es quien otorga inspiración y energía a la sociedad. Como los santos ángeles guardan al pueblo de Dios, así las potestades diabólicas están siempre activas en los asuntos del imperio de maldad.

Un Espectáculo Hueco

En realidad, el mundo es algo vacío. Es una fachada irreal. Como un chiste que carece de gracia, el mundo carece de sentido y valor. Nada de lo que ofrece puede satisfacer al corazón humano. Hay un libro de la Biblia, Eclesiastés, enteramente dedicado a exponer la vanidad del mundo, de la vida debajo del sol. Malcolm Muggeridge, al darse cuenta de esto, escribió: “He llegado al punto de ver que la vida humana, en todas sus manifestaciones, ya sean públicas o colectivas, no es más que un teatro, y el drama es uno barato y de muy mal gusto”.ⁱⁱ

Y otra persona dijo: “El camino de mundo es pura imaginación; pero el reino [de Dios] es realidad eterna”. La gente intenta obtener del mundo más de lo que realmente hay en él.

Aun así, resulta muy atractivo. Se presenta a sí mismo como el *summum bonum*, el bien supremo. Sus luces psicodélicas, música contemporánea y atuendos sensuales deslumbran por doquier. Todo habitante del “país de Marlboro” es bien guapo, tiene un caballo, y aparece recostado en el asiento de un descapotable, seduciendo o siendo seducido por una mujer bella. Es un mundo de ensueño—una sociedad artificial. Es chapa resplandeciente que carece de sustancia y valor.

¿Qué es Mundano?

Mundanalidad es amar cosas pasajeras. Es todo aquello que arrastra y aleja a un creyente del Señor. Una persona mundana es aquella cuyos planes terminan en la tumba. Jowett supo poner los puntos sobre las íes cuando dijo: “La mundanalidad es un espíritu, un carácter. No es tanto un acto sino una actitud. Es una pose, una postura... La mundanalidad es toda actividad humana que mantiene fuera a Dios. La mundanalidad es una vida sin llamamiento celestial, sin ideales, sin alturas. La mundanalidad no reconoce nada en absoluto del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. No tiene montes; es una vida plana, horizontal. La mundanalidad no tiene dimensión vertical. Tiene ambición, pero no tiene aspiración. Su lema es el éxito, no la santidad. Siempre dice: “adelante”, pero nunca dice: “asciende”. La persona mundana es la que nunca dice: ‘alzaré mis ojos a los montes’”.ⁱⁱⁱ

En algunos círculos, la definición de mundanalidad se ha limitado principalmente a cuestiones de beber, fumar, apostar, bailar, jugar a las cartas, ir al cine y actividades similares.

Pero abarca mucho más. El Dr. Dale escribió: “Ser mundano es abandonar la ley suprema a la que debemos lealtad, las glorias y terrores del universo invisible que se revela a la fe, y nuestra trascendente relación con el Padre de los espíritus por medio de Cristo Jesús nuestro Señor, para ser llevado por intereses inferiores”.

“Hermano, si dieras la vuelta para vivir una vida mundana, tendrás que volver a través de la tumba, pues ésta yace entre el cuerpo de Cristo, del cual tú formas parte, y el mundo que le rechazó. El mundo le echó fuera de sí, y nosotros hemos sido sepultados en Cristo por el mundo que aborrece a la iglesia”.^{iv}

La paciencia divina tiene un límite para el que intenta obtener lo mejor de los dos mundos.

EL REINO QUE IMPORTA

Ante todo esto y en sorprendente contraste, nos encontramos con el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En Su reino, la prioridad y el énfasis está en lo espiritual, no en la carne; el valor de lo eterno sobrepasa con creces al de lo temporal. No es tanto que se desprecie el placer, sino que se busca en su forma y manifestación más pura, y tan sólo en su verdadera fuente.

*Tengo sed, pero es distinta a cuando ayer
Deseaba las vanas delicias terrenas sorber;
Tus heridas me imponen y requieren, oh Emanuel,
Que no busque aquí en la tierra mi placer.*

*Tan sólo la entrañable cruz al contemplar
Logró de las cosas terrenas mi alma alejar;
Enseñándome a tener por basura lo demás,
La risa de necios y la pompa real.*

—William Cowper

En el reino de Cristo, el verdadero deseo no está en la riqueza; la prosperidad espiritual es lo que realmente vale y cuenta. La preocupación del reino del cielo es la justicia, la paz y el gozo. Cristo, y no uno mismo, es el centro. Todo se valora según es a Sus ojos. Mientras que los del mundo aman al dinero y estiman ligeramente a Dios, los súbditos del reino de Cristo estiman ligeramente al dinero y aman a Dios.

EL EMPERADOR MALIGNO DEL MUNDO

Puesto que sólo hay dos reinos, esto significa necesariamente que sólo hay dos gobernantes: Satanás y Cristo. El diablo es el monarca del mundo. Es llamado el príncipe de este mundo (Jn. 12:31; 14:30; 16:11), el dios de este siglo (2 Co. 4:4), y el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que opera en los hijos de desobediencia (Ef. 2:2b). El apóstol Juan nos recuerda sin rodeos que: “*el mundo entero está bajo el maligno*” (1 Jn. 5:19). Él mantiene cautivas a las personas, y éstas necesitan ser despertadas de su sueño mortal. Aunque el diablo es extremadamente poderoso, no es omnipotente, y está todavía bajo el dominio de Cristo.

El diablo es el peor enemigo de Cristo y, por lo tanto, de Sus seguidores. Los otros dos enemigos son el mundo y la carne. De la misma manera que el diablo se opone a Cristo, así el mundo se opone al Padre y la carne al Espíritu. Esta trinidad de maldad se ha descrito de la siguiente manera: El diablo es el adversario en nuestra contra; el mundo es el enemigo a nuestro alrededor ; y la carne es el traidor en nuestro interior.

Su Cartera de Trucos

No desconocemos las artimañas del diablo. Pensemos en los métodos que él emplea:

Engaño. Él es el padre de mentira, y miente desde el principio (Jn. 8:44). Se disfraza como un ángel de luz y manda a sus mensajeros disfrazados como ministros de justicia (2 Co. 11:14-15). Tergiversa la Palabra de Dios (Gn. 3:1). Hace milagros y prodigios mentirosos (2 Ts. 2:9). Busca la manera de sembrar duda y negación, y extraviar al pueblo de Dios de la sincera y pura devoción a Cristo (2 Co. 11:3). Tienta a las personas para que mientan (Hch. 5:3).

Calumnia. Es el acusador de los hermanos día y noche (Ap. 12:10).

Imitación. Posee una falsificación para todo lo que proviene de Dios. Él capacitó a los hechiceros egipcios para que imitasen los milagros de Moisés (2 Ti. 3:8). La cizaña en el reino (los hijos del malo) imita al trigo (los hijos del reino) (Mt. 13:38). Como dice J. Oswald Sanders, “Con razón San Agustín le calificó *Simius Dei*, el simio de Dios. Tiene su propia “trinidad”: el diablo, la bestia y el falso profeta; su propia iglesia: la sinagoga de Satanás (Ap. 2:9); sus propios ministros: los ministros de Satanás (2 Co. 11:15); su propio evangelio: otro evangelio (Gá. 1:6); su propia teología: doctrinas de demonios (1 Ti. 4:1); sus propios sacrificios: sacrificios ofrecidos a los demonios (1 Co. 10:20); su propia mesa y copa (1 Co. 10:21-22)”^v.

Desánimo. Otra estratagema del diablo es ganar ventaja sobre el cristiano haciendo que sea “*consumido de demasiada tristeza*”, esto es, por el desánimo o desaliento (2 Co. 2:7-11). También puede oprimir al creyente con tristeza y desespero.

Persecución. Él anda alrededor como un león rugiente para aterrorizar y destruir (1 P. 5:8; Ap. 2:10). De hecho, el propósito invariable de este ladrón es hurtar y matar y destruir (Jn. 10:10).

Entrega Incompleta. De la misma manera que intentó persuadir al Señor Jesús para que no fuese a la cruz (Mr. 8:31-33), así intenta persuadir a los creyentes a no llevar la cruz.

Soberbia. Sabe, por experiencia propia, que la soberbia precede a la condenación (1 Ti. 3:6). Así, él emplea esta táctica con otros.

Caída Moral. Tienta a las personas a causa de su incontinencia o falta de dominio propio (1 Co. 7:5).

Falsa Doctrina. Ya en el amanecer de la civilización humana, tentó a Eva a que creyese que podía llegar a ser como Dios (Gn.3:5).

Aflicción Corporal. El aguijón en la carne de Pablo era un mensajero de Satanás que

le abofeteaba (2 Co. 12:7). El diablo zarandea a los hijos de Dios por medio de circunstancias difíciles (Lc. 22:31). Toda enfermedad, sufrimiento y tragedia proceden de él, pero en la vida del creyente Dios puede transformar estas cosas para Su gloria, para el bien del cristiano y para bendición de otros.

Estorbo del Evangelio. Él arrebató la semilla de los que oyen sin profundidad (Mt. 13:19). También ciega el entendimiento de los incrédulos para que no vean la verdad y sean salvos (2 Co. 4:4).

Dilación. “Mañana”. Invita a las personas a que se demoren, a que aplacen el momento de acción y decisión, especialmente en lo referente al evangelio.

4
¡REY JESÚS!

El Señor Jesús, por supuesto, es quien gobierna el otro reino. Él es nadie menos que el Creador y Sustentador del universo. Posee lo que ningún otro rey alcanza: todo conocimiento, todo poder, y toda presencia, esto es, que está en todo lugar. Siendo el Dios perfecto y Hombre perfecto, es también el perfecto Salvador del pecado. Él conjuga, en Su Persona, toda excelencia, belleza, virtud y gracia.

Es infinito, único e incomparable. Al tiempo presente, Él reina desde Su trono en el cielo sobre todos aquellos que le reconocen como su Monarca supremo. Pronto volverá a la tierra como Rey de reyes y Señor de señores, y reinará sobre toda la tierra teniendo a Jerusalén como Su capital.

LOS CIUDADANOS DEL MUNDO

Todos los inconversos pertenecen al mundo. Se encuentran en todas y cada una de las clases sociales, desde la crema y nata hasta las heces. Muchos son externamente morales, gente decente, buenos vecinos. Otros, claro está, son inmorales, depravados e ingobernables. Pero todos ellos tienen una cosa en común, y es que no quieren reconocer al Señor Jesucristo como su Señor y Salvador.

Andan así: *“siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”* (Ef. 2:2). El dios de este siglo ha cegado su entendimiento: *“para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo”* (2 Co. 4:4). Por el temor de la muerte, permanecen durante toda la vida sujetos a servidumbre (He. 2:15).

Están a gusto en el mundo, aman al mundo y el mundo les ama a ellos (Jn. 15:19). Son enemigos de Dios, atrapados en las manos del diablo. David les describió como: *“hombres mundanos, cuya porción la tienen en esta vida”* (Sal. 17:14).

CIUDADANOS DEL REINO SANTO

Los Cristianos son Extranjeros

Los creyentes, por el contrario, son extranjeros y peregrinos en la tierra (1 P. 2:11). A ellos el mundo les resulta un hogar pobre, pero una buena escuela. Están viajando por el mundo hacia su propia patria, comprometidos a no apropiarse de ningún rasgo de carácter del mundo. Como el Señor Jesús les recordó a Sus discípulos, ellos están en el mundo pero no son del mundo (Jn. 17:11, 14, 16). Como Él es, así son ellos en el mundo (1 Jn. 4:17). Pablo les compara a embajadores, encomendados desde el cielo para representar al Señor en este mundo (2 Co. 5:20).

En cuanto a esto, Vance Havner comentó: “Cuando Jacob trasladó toda su familia a Egipto ante la invitación de José, ellos se situaron en Egipto ‘en la tierra de Gosén’. El pueblo de Dios en la actualidad, la Iglesia, del reino celestial, vive en Egipto, por así decirlo—en este mundo, pero no de él. Es una colonia espiritual del cielo. No son ciudadanos de la tierra yendo al cielo, sino ciudadanos del cielo marchando a través de este mundo, extranjeros y peregrinos, una nación santa dentro de la nación; son la familia de Dios”.^{vi}

J. G. Deck captó el verdadero estado del creyente al escribir:

*Desde arriba hemos sido llamados,
Y por nacimiento celestial,
(Aunque antes éramos ciudadanos
De la vida terrenal),
Peregrinos somos, y vamos
Rumbo al celeste y dulce hogar,
Nuestra porción en los siglos
Por toda la eternidad.*

*No somos más que extranjeros aquí,
No buscamos en la tierra nuestro hogar;
Pues este mundo, oh Cristo, a Ti,
Tan sólo muerte y tumba quiso dar.
Los lazos que nos ataban aquí,
Tu cruz logró cortar y desatar,
Y ahora Tú has venido a ser así
Tesoro nuestro en el reino celestial.*

Como dijo Philip Hacking: “Nosotros, como Abraham, somos llamados a salir del mundo porque somos diferentes, pero a volver al mundo porque somos sal y luz”.^{vii}

Los cristianos no aman al mundo ni las cosas que hay en el mundo, sino que su deseo es hacer la voluntad de Dios, sabiendo que el que tal hace permanece para siempre (1 Jn. 2:15-17). En un sentido muy real, ellos son no conformistas, que rehúsan adaptarse al molde del mundo (Ro. 12:2). “La sociedad demanda conformidad. Si caes por debajo de sus valores, te castigará; si te elevas por encima de sus valores, te perseguirá. Demanda una conformidad aburrida, gris, monótona. Pero el cristiano marcha hacia arriba. Se sale del paso marcado, pues él oye un tambor distinto. Ya no es un eco; es una voz. No es una cosa; es una persona. Se ha quebrado el dominio de las masas”.^{viii}

La vida cristiana es una vida de conflicto intenso. Como dijo Ronald Dunn: “No es un deporte para que los espectadores lo observen desde cierta distancia. Nos encontramos en lo más intenso y crudo de la batalla, personalmente involucrados en el conflicto, ya sea que nos

demos cuenta o no”.^{ix} No es asunto de coexistencia o detente, sino que la relación que tiene el cristiano con el reino de Satanás es adversa y activa. Testifica en su contra que sus obras son malas (Jn. 7:7), y también proclama el mensaje de reconciliación, esto es, que el hombre pecador puede ser reconciliado con Dios a través de la obra del Salvador en la cruz del Calvario. Allí Dios, el Padre: “*al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*” (2 Co. 5:21). Así que, aunque los creyentes han de vivir en separación con el mundo, no tienen que vivir aislados. La separación bíblica no requiere llevar una vida monástica. Como dijo alguien: “El cristiano debe vivir en el mundo, pero no debe dejar que el mundo viva en él”. En uno de sus himnos, Isaac Watts nos recuerda que: “este mundo vil no es un amigo de la gracia que nos ayude para con Dios”. Al contrario, es despiadado en su hostilidad contra nosotros, y determinado a destruir todo principio divino que podamos sostener. Intenta suplantar el creacionismo con la evolución. Niega lo sagrado de la vida humana con el aborto. Logra la ruina y ruptura de la unión familiar con el divorcio por cualquier razón. Niega la pureza de la relación matrimonial con el sexo prematrimonial. Presenta la homosexualidad y el lesbianismo como estilos de vida alternativos y aceptables. Mediante el feminismo militante, ridiculiza el orden y el gobierno establecidos por Dios en la familia y la iglesia. La iglesia y el estado están tan separados que han llegado a prohibir por completo la mención pública de Dios y Cristo. Se trata con tolerancia amigable la obscenidad, pornografía, nudismo, grosería y violencia. Y así, drogado e insensato, el mundo desafía cada una de las leyes de Dios y se precipita hacia su abrasadora condenación.

El Rito del Pasaje

Hay un rito para pasar del mundo al reino de Cristo. Se conoce como el nuevo nacimiento. Cuando una persona se arrepiente de sus pecados y recibe a Jesucristo como su Señor y Salvador, ya no pertenece al mundo. Ha cambiado su ascendencia, su ciudadanía y su señor. Ilustra esta transición en las aguas del bautismo; cuando entra en el agua, lo que realmente está diciendo es: “Cuando Cristo murió, morí yo. Ya que Cristo murió al mundo y al pecado, yo he muerto a los dos”. Al salir del agua, está expresando su determinación de andar en novedad de vida—como uno cuya lealtad es, en adelante, al verdadero Rey.

Perseguidos por Causa de la Justicia

A los cristianos no tendría que tomarles por sorpresa experimentar el aborrecimiento del mundo (1 Jn. 3:13). El Nuevo Testamento no cesa de repetir que eso es precisamente lo que debemos esperar (p. ej., Jn. 15:18-19). El Salvador nunca prometió que la vida del creyente fuese libre de burlas, ridículo, y hasta persecución. Al contrario, Él les aseguró a los Suyos que en el mundo tendrían aflicción (Jn. 16:33). Es falso el evangelio que ofrece la sonrisa aprobatoria del mundo y una vida exenta de aflicción y problemas.

El mundo aborrece a Cristo y, por lo tanto, naturalmente aborrece a Sus seguidores (Jn. 15:18). El discípulo no puede esperar recibir mejor trato que el que recibió su Maestro (Jn. 15:20). Y como dijo Spurgeon: “El mundo le dio una cruz al Maestro, y no es de esperar que entregue coronas a Sus discípulos”.

*Aunque el mundo me rechace,
Contigo es mi comunión;
¿Qué más podría esperarse,
Que ser como Tú, Señor?
¡Tú eres digno!
De esta tierra me has librado.*

—S. P. Tregelles

Ataque Aplastacristianos

El mundo ama lo suyo (Jn. 15:19), que son los que se conforman; pero no le queda más que desprecio y desdén para los creyentes no conformistas.

El no estar dispuestos a que el mundo nos estruje en su propio molde es la razón de que haya tanto sectarismo en la TV y en las películas, y de que haya tanta tendencia anticristiana pronunciada en la radio y en la prensa. Recientemente, Patrick J. Buchanan observó: “Vivimos en una época en la que se prohíbe ridiculizar a los negros, en la que el antisemitismo está sancionado con la muerte política, pero en la que aplastar a los cristianos es un deporte interior y popular, y en la que las películas que se mofan de Jesucristo son consideradas como el “novamás” del avance”.^x

David Hesselgrave añade: “A pesar de las circunstancias cómodas en las que se encuentra la mayoría [de cristianos], la evidente realidad es que el Siglo XX ha sido caracterizado por un terrible afloramiento de oposición a la causa y al pueblo de Cristo. Además, hay pocas señales de moderación en el horizonte; más bien, hay muchas señales de aumento de oposición dirigida, especialmente, contra todo aquel que se involucra en la propagación de la fe cristiana”.^{xi}

La gente del mundo que puede discrepar en muchas cosas, puede unirse en hostilidad a Cristo. Fariseos y saduceos, judíos y gentiles, Herodes y Pilato, todos encuentran terreno común en su aborrecimiento del cristianismo del Nuevo Testamento.

Como muchos otros, Lenin no podía soportar a los cristianos tan comprometidos a su Señor y a su fe que llegaban a desafiar a la muerte. Les consideraba como una amenaza seria a sus aspiraciones políticas. Por otro lado, no le quedaba más que desdén para los cristianos nominales y a medias, porque sabía que podía ejercer control sobre ellos con facilidad. Y tenía razón. La lealtad al Rey de reyes es lo que le capacita al creyente para mantenerse contra el poder del régimen enemigo.

“Cuanto más se parece la iglesia al mundo, cuanto más habla y se comporta como el mundo, tanto más el mundo la desdeña, porque el mundo puede competir con la iglesia en todo—excepto esto: vivir la vida de Cristo. Éste, y tan sólo éste es nuestro distintivo, y tan sólo ésta nuestra fuerza”.^{xii}

Normalmente, cuando una persona se convierte, está tan entusiasmada y desbordante con el gozo del Señor, que piensa y espera que sus familiares y amigos inconversos confíen también en Cristo en cuanto escuchen el evangelio. Pero en vez de esto, se encuentra metido en un avispero de oposición (Mt. 10:34-36). Su familia le acusa de tener una actitud de “santo” que les saca de quicio. Se encontraban a sus anchas con él cuando era un drogadicto, un borracho, un avaro o un adicto al sexo. Pero ahora no pueden hacer frente al cambio ocurrido en su vida. Sus amigos le condenan porque ya no va con ellos en su carrera desenfundada (1 P. 4:4). De la noche a la mañana se ha convertido en una persona rara para ellos.

La Línea de Combate

Si el mundo ama a uno que profesa ser creyente, esto prueba que no se ha convertido genuinamente (Jn. 15:19). Si alguien dice que es creyente pero ama al mundo, demuestra que el amor del Padre no está en él (1 Jn. 2:15b). Santiago nos dice, en su fuerte declaración: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (4:4). La línea de combate está claramente definida y marcada.

Es malo para el creyente el día que alcanza popularidad con el mundo. Significa que ha adulterado su mensaje de tal modo que se ha desvanecido la ofensa de la cruz; o significa que su vida no se diferencia de la de los que le rodean, por lo cual no les condena. Se ha

dejado llevar por la corriente, en lugar de luchar y nadar en contra de ella. Igual que un camaleón, se ha adaptado a su medio ambiente; y al hacerlo, se ha puesto bajo la dura denuncia del Salvador: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas” (Lc. 6:26).

El pueblo de Dios no tiene por qué intimidarse ante el ceño fruncido inofensivo del mundo. Seguimos a Aquel que ha vencido al mundo (Jn. 16:33) y tenemos parte en Su victoria. Mayor es el que está en nosotros que el que está en el mundo (1 Jn. 4:4). Esta es nuestra garantía de poder. La fe nos capacita para ver cuán vacío y vano es el mundo. Es una sombra pasajera, que no tiene nada de sustancia duradera. No puede dar satisfacción permanente, sino que sólo ofrece los placeres temporales y fugaces de pecado.

En realidad, debiéramos gozarnos cuando experimentamos el odio y el rechazo del mundo: cuando el profesor de la universidad se mofa de nuestra fe; cuando nuestros compañeros de trabajo nos tachan de oscurantistas; cuando nuestra familia nos ridiculiza diciéndonos que vivimos en un mundo irreal. Probablemente la mayoría de nosotros no sufriremos siendo arrestados y apaleados por nuestra fe, ni apedreados, ni quemados en la hoguera. Es bien poca cosa sufrir desprecio verbal. Debemos regocijarnos, como los primeros discípulos, que seamos: “*tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre*” (Hch. 5:41).

J. G. Deck tenía razón cuando escribió estas líneas:

*Maestro, nunca más podré llamar;
Al lugar que te odió, mi hogar;
Seguiré con paciencia Tu andar;
Conociendo Tu gozo y Tu pesar;
Quiero...mas confirma Tú el poder;
La hora más negra mansamente recibir;
Sea vergüenza o prueba lo que me haya de herir;
Pues burlado y muerto fuiste Tú por mí.*

¿Quién es el Tonto?

Los súbditos del reino de Dios constituyen un enigma para los del mundo (1 Jn. 3:1b). Como dice Pedro: “*A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en le mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan*” (1 P. 4:4). Nuestros propósitos y actitudes les resultan extrañas. Pero no puede ser de otra forma, ya que no somos del mundo, como tampoco Cristo fue del mundo.

Dostoievski plasma esta ilustración con una habilidad exquisita en su libro, *El Tonto*. La sociedad aristócrata de su época se hallaba obsesionada con el prestigio, poder, sexo y posesiones. La verdad les importaba poco o nada. Se enzarzaban constantemente en amargas discusiones, o en conversaciones frívolas. Había un interminable cotilleo, pero poca verdadera nobleza de carácter.

Entre todo esto, el príncipe Myshkin resaltaba con evidente excentricidad. No le importaba en absoluto el nivel social, la riqueza, el dominio o la conquista sexual. Lo que le hacía atractivo es que era verdaderamente un alma bella.^{xiii}

Pero esta figura de Cristo era tan extraña, tan “extraterrestre”, que sus contemporáneos no lograban comprenderle. En su confusión mental, forjaban hacia él una relación que entremezclaba amor y odio. No podían evitar el admirar la sencillez de su carácter, pero a la vez se resentían, pues su nobleza les dejaba a ellos muy mal. Hablando de forma clara, era un inadaptable en la sociedad. El no conformarse y su comportamiento poco convencional tan sólo conducía a una conclusión: él era un tonto.

La cuestión entonces, igual que ahora, es, “¿Quién es el tonto?”

“El contraste entre el reino de Dios y el del hombre es enorme. El primero ejerce el poder por el amor, el segundo por la ley. Uno dirige sirviendo, el otro manejando. En el reino de Dios los valores que importan son espirituales: justicia, paz y gozo; en el del hombre son consideraciones mundanas: protagonismo, avaricia y patrocinio político”.^{xiv}

LO QUE OFRECE EL MUNDO

Realmente el mundo no tiene mucho que ofrecer a sus ciudadanos. Puede resumirse todo con las palabras: “*los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida*” (1 Jn. 2:16). Aquí la palabra “deseos” significa apetito. Puede referirse a deseos sexuales, pero abarca mucho más que eso.

“*Los deseos de los ojos*” se refiere al deseo insaciable del hombre de ver más personas, lugares y cosas. Le gusta alimentarse con cualquier cosa que excite al animal interno, sin importarle si deshonra a Cristo. Las películas, televisión y revistas del mundo, todas ellas apelan a los deseos de los ojos. Ofrecen el disfrute de los deseos de la carne.

“*Los deseos de la carne*” significa su ansiedad de satisfacer todos los apetitos del cuerpo. Muchos de estos apetitos no son malos en sí, pero llegan a ser malos cuando se convierten en el centro de la vida, cuando se permiten en exceso, y cuando se usan contrariamente a la Palabra de Dios.

“*La vanagloria de la vida*” es la preocupación del mundano en cuanto a su persona, posesiones y placeres, cuando se está gloriando en cosas que pronto pasarán. Vive y se desvive para el cuerpo, el cual en pocos años será comido por los gusanos. Vive para el dinero, que podrá comprarle todo menos el cielo. Vive para el placer, que no puede proporcionarle satisfacción duradera. La vanagloria de la vida incluye el deseo de clase y prestigio social, fama y publicidad, riqueza y honores.

En una palabra, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida se suman a la auto indulgencia.

*Oh, ¿qué es lo que el mundo puede dar?
 ¡Dios me llama Su gozo a compartir!
 Soy muerto al mundo, mas vivo en Ti,
 En quien tengo bendición sin par;
 Puedo a goces terrenales renunciar,
 Pues todo es mío, y yo Tuyo soy.*

—Autor desconocido

TODO ESTO, Y EL CIELO

En cambio, lo que el Señor ofrece no es de este mundo. Pensemos en algunas de las posesiones de aquellos que pertenecen al reino de Cristo. Y recuerda, que esto es tan sólo una pequeña muestra.

Conocen el *amor* de una manera nueva y verdadera, cual no habían imaginado antes. Experimentan el amor de Dios, su Padre, y el amor de todos los redimidos (1 Jn. 3:1). Éste es un agudo contraste con la lujuria que ofrece el mundo.

Gozo es otro beneficio que acompaña a la salvación (Ro. 14:17). Es el éxtasis inexpresable que brota de la relación con Dios. Sus promesas preciosas son un motivo constante de gozo. A diferencia de la felicidad del mundo, ésta no depende de que las circunstancias sean favorables.

El Salvador trae *paz* con Dios, porque Cristo ha quitado con eficacia la causa de la hostilidad, que es el pecado. Y Él ofrece paz de conciencia y corazón porque la obra de la redención ha sido consumada, y ahora somos objeto del cuidado continuo del Padre. Él dijo: “*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo*” (Jn. 14:27).

La *esperanza* del cristiano es otro rasgo distintivo porque no alberga duda ni incertidumbre. La perspectiva de un cuerpo glorificado en un hogar celestial es cierta porque se basa en la promesa de Dios.

De entre todas las posesiones materiales que el creyente pueda llegar a tener en la tierra, la más preciosa de ellas es *la Biblia*—la Palabra de Dios, inspirada e inerrante. Ésta contiene todo lo necesario para la vida y la piedad.

Incluido en el don de la salvación se halla el indescriptible privilegio de la *oración*, teniendo audiencia con el Soberano del universo en cualquier momento del día o de la noche. El hijo de Dios sabe que cada oración recibe respuesta según Su sabiduría, amor y poder infinitos.

No es inferior la bendición del *perdón de pecados*. No es posible calcular el alivio de saber que los pecados de uno han sido perdonados y olvidados, ¡que nunca tendrá que pagar por ellos porque la sangre de Cristo, derramada en el Calvario, ha satisfecho la justicia por completo!

Y al hijo de Dios le es garantizada la libertad del dominio del pecado. Aunque puede cometer algún hecho aislado de pecado, el pecado ya no es el poder controlador en su vida. Su reinado ha sido quebrado.

Y el hijo de Dios tiene garantizada la *liberación del infierno*. El cristiano nunca experimentará los horrores eternos del lago de fuego, porque el Señor Jesús los sufrió como su Sustituto en la Cruz.

La salvación nos incluye en una *familia mundial*, la comunión de los redimidos. Esto no tiene nada que ver con denominaciones u organizaciones. Es la familia de Dios, comprada a precio de sangre. Los lazos de unión entre esta comunión espiritual son más estrechos que las relaciones meramente humanas.

La *dirección* de Dios es otro beneficio de todos los que pertenecen a Cristo. La obediencia a Su guía y dirección nos garantiza una vida de plenitud. Tenemos algo por lo que vivir y Alguien por quien morir.

A la lista de nuestras posesiones preciosas podemos añadir *ayuda en la necesidad*. El Espíritu Santo, nuestro Consolador, acude para socorrernos en las crisis de la vida.

Las *recompensas presentes y futuras* forman una parte vital de la herencia del creyente. El Señor nos dice cómo hemos de vivir, nos da el poder necesario, y entonces nos recompensa con bendiciones en esta vida y con coronas en la venidera. ¿Hay algo que lo

iguale?

Finalmente debemos mencionar la *vida eterna*, que significa mucho más que existir interminablemente. Se trata de una calidad de vida, ni más ni menos que la vida de Cristo en el creyente. Es una posesión presente que continuará eternamente.

Como vimos antes, ésta es sólo una parte de la lista de bendiciones que son nuestras en Cristo Jesús. El mundo no puede ofrecernos ni una de ellas.

Por eso, todo hijo de Dios debiera poder decir:

*¡Oh pompa y gloria mundana,
Es vana tu seducción!
¡He oído más dulce historia!
¡Poseo tesoro mejor!
El lugar que Cristo prepara
Es mi morada de amor;
Pondré en Jesús mi mirada
Y allí gozaré con Dios.*

—H. K. Burlingham, 1865, traducido del alemán.

Cuando Satanás tentó al Señor Jesús, le mostró en un momento todos los reinos del mundo y la gloria de ellos (Lc. 4:5). No le costó mucho tiempo enseñarlo. Pero a Dios le llevará toda la eternidad revelarle a Su pueblo “*las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*” (Ef. 2:7).

LAS DIFERENTES FACETAS DEL MUNDO

El mundo controla cada aspecto del comportamiento humano, excepto a la verdadera iglesia cristiana. Está el mundo político, de negocios, cultural, de los medios de comunicación, de la educación, del entretenimiento, y hasta el religioso. Exteriormente, todos ellos parecen muy atractivos, pero tras la fachada no son más que corrupción. La política es corrupta por naturaleza propia; es un sistema de soberbia, soborno y trapicheo. El negocio es corrupto; está infestado de prácticas nada éticas. La cultura es corrupta; glorifica el sexo, el nudismo y el nihilismo. Los medios de comunicación son corruptos; informan con agresividad de crímenes, violencia, escándalo y perversión, pero tratan la decencia y la nobleza con desdén bien estudiado. La educación es corrupta; glorifica la sabiduría humana que, a lo largo de los siglos, ha demostrado estar en bancarrota. El mundo del entretenimiento es corrupto; en un mundo de fantasía idolatra a las prostitutas, a los pervertidos y a los punks. En algunos sentidos, el mundo religioso es el peor; conduce a las personas por el camino al infierno con el engaño de que se pueden salvar a sí mismas a través de sus buenas obras y su buen carácter.

En Él Pero No De Él

He mencionado que el mundo controla cada aspecto del comportamiento humano, excepto a la verdadera iglesia cristiana. Desafortunadamente, a menudo afecta incluso a la iglesia. Un observador atento dijo: “Busqué a la iglesia y la encontré en el mundo. Busqué al mundo y lo encontré en la iglesia”.^{xv}

Poco antes de su muerte, Frances Schaeffer advirtió:

En nuestra época, acomodarnos al espíritu del mundo que nos rodea es la manifestación más crasa de mundanidad, según la definición correcta de la palabra. Y desgraciadamente, en la actualidad hemos de admitir que en general la institución evangélica se ha estado acomodando a la forma del espíritu del mundo tal como se manifiesta en nuestros días...en el sentido básico, el establecimiento o movimiento evangélico ha llegado a ser extremadamente mundano.

Y Wordsworth escribió:

*El mundo está demasiado con nosotros; tarde y temprano,
Arrasamos nuestros poderes, tomando y gastando.*

Política. Pensemos ahora en el mundo de la política. Con frecuencia escuchamos a algunos repetir cual loros este su refrán gastado: “Lo único necesario para que triunfe el mal es que los hombre buenos no hagan nada”. El problema es que es su refrán es una opinión mundana, no una revelación divina. A menudo se suele recordar que José, Moisés y Daniel estaban involucrados en la política. En realidad, José y Daniel eran siervos civiles, no hombres que ocupasen el poder. Y Moisés era una espina clavada en el costado de la institución política de Egipto.

¿Qué dice el testimonio de la Escritura al respecto?

El Señor Jesús dijo: “*Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían*” (Jn. 18:36).

Pablo dijo: “*Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida*” (2 Ti. 2:4).

Juan dijo: “*El mundo entero está bajo el maligno*” (1 Jn. 5:19).

El ejemplo del Señor Jesús es contrario a la participación política. Su relación en

cuanto al establecimiento era adversa. Los apóstoles no recurrieron a la política. Sus órdenes consistían en ir por todo el mundo y predicar el evangelio.

La ciudadanía principal del cristiano es celestial (Fil. 3:20). Su deber para con el gobierno terrenal es pagar, orar y obedecer. No se involucra en movimientos políticos.

El propósito de Dios en la actualidad no es una reforma política, sino tomar de entre las naciones un pueblo para Su Nombre (Hch. 15:14). La pregunta es, ¿vamos a seguir Su plan?

El problema básico del mundo es el pecado, y tan sólo el evangelio tiene poder eficaz para tratarlo. El método que Dios emplea es espiritual: el nuevo nacimiento.

La política es corrupta por naturaleza. Si participo, colaboro, le entrego un voto de confianza, y tal confianza es completamente injustificada. Ya lleva cientos de años intentando demostrar su eficacia, ¿y cuál ha sido el resultado?

El registro de los cristianos que se han involucrado en la política no es nada bueno. Sufren una pérdida de poder espiritual. William Kelly dijo: “Cuando los cristianos se enredan con el gobierno del mundo, tan sólo logran deshonorar para el nombre de Cristo y vergüenza para sí mismos. Ahora son llamados a sufrir con Cristo; después reinarán con Él. Ni aun Él ha tomado todavía Su gran poder para reinar”.^{xvi}

Todavía no ha llegado el tiempo en que los creyentes hayan de reinar. Será cuando Cristo vuelva como Rey de reyes y Señor de señores. Pablo corrigió a los corintios por comportarse como si ya estuviesen reinando. Él mismo deseaba que estuviesen reinando ya, para poder él también, junto con los demás apóstoles, reinar con ellos. Pero mientras que los corintios estaban, de modo figurado, coronados y sentados en el anfiteatro, los apóstoles eran como hombres en la arena, condenados a muerte, un espectáculo al mundo, y considerados como la escoria del mundo (1 Co. 4:8-13).

Es falsa la esperanza de pensar que las condiciones de este mundo se van a arreglar o mejorar (1 Ti. 4:1-3; 2 Ti. 3:1-5). Tanto la Biblia como las noticias de cada día refutan tal cosa.

El cristiano encuentra poder al separarse del mundo (2 Co. 6:17). Nunca podremos moverlo si nosotros mismos formamos parte de él. Nuestro gran recurso es la oración; podemos conseguir más por medio de la oración que todos los políticos juntos. Podemos ver transformaciones milagrosas en vidas humanas. Por medio de la oración podemos introducir a hombres y mujeres en el reino de Dios. La clave del poder en el mundo ya obra en nuestro poder. ¿Por qué trocar esto por un sistema político arruinado?

Negocio. Es fácil pensar que el mundo del negocio es honesto, ético y humano, pero pensar así no es realista. El afán de mega-ganancia hace que éste sea una competición feroz. Es una selva donde rige la ley de la selva. Se sacrifica la ética por intereses propios, y las personas se exprimen para sacar un poco más. El gobierno aprueba leyes para refrenar los abusos, pero los hombres inventan algún modo de saltarse las leyes (hecha la ley, hecha la trampa). Las estafas, la doble contabilidad y otros trucos ocultan beneficios en la declaración de renta, y el dinero pasado por debajo de la mesa abre puertas a la riqueza instantánea.

El cristiano no puede vivir aislado del mundo de negocios. El hecho de estar vivo le involucra en algún sentido. Tendría que salir del mundo para poder liberarse por completo de él. Pero puede hacer uso de ello sin abusar (1 Co. 7:31). Puede trabajar, comprar y vender sin adoptar métodos cuestionables. Puede ser luz y sal en la oficina, en la tienda o en la fábrica (Mt. 5:13-14). Puede y debe evitar rebajarse a cualquier cosa que pudiese deshonorar a su Señor y poner en peligro su testimonio. Por su puesto, hay ocupaciones que un creyente ni siquiera debiera plantearse, como actividades ilegales o que pudiesen dañar a los demás, tanto física como moralmente.

Cultura. Entonces, venimos al mundo de la cultura, al ídolo de la sociedad, al mundo de la música y el arte. Sin duda, no hay nada inaceptable en las humanidades. ¿Nada? El

Ministerio de Cultura en los E.E. U.U., subvencionado por el gobierno, patrocinó una pintura que retrataba a Jesucristo en un escenario tan vil y repulsivo que no es posible describirlo en literatura decente. Y la letra de mucha música es sugestiva, provocativa y obscena. Europa no es nada mejor.

Pero, ¿qué del arte y la música que inspiran? Todo santo puede disfrutar los talentos que Dios ha otorgado a otras personas, pero tenemos un propósito mucho más importante que dedicarnos a ser conocedores expertos de arte o de música. Mientras haya almas pereciendo porque necesiten el evangelio del Señor Jesús, cada verdadero creyente debe concentrarse en asuntos de valor eterno, no los que son triviales ante la eternidad. Cuando Pablo visitó Atenas, el centro de la cultura, no quedó en nada impresionado ante el Partenón o el Templo, sino que fue impulsado a proclamar las virtudes de Aquel que le había llamado de las tinieblas a Su luz admirable.

Los Medios de Comunicación. ¿Qué hay acerca de los medios de comunicación? Es el arma de propaganda del mundo. Su trabajo consiste en “vender” el mundo. Por eso, ofrece noticias acerca de sus propias personalidades y sucesos. De seguro no encontrarás en el primer plano del periódico una mención respetuosa del nombre de Cristo. Tampoco busques nada espiritualmente edificante en un programa de la TV. A veces los cristianos se resienten porque la prensa, la radio y la televisión ofrecen violencia, glorifican al pecado y a la vergüenza, mientras que tratan la decencia con descuido premeditado. Dan los primeros puestos a las prostitutas de Hollywood, y a duras penas logran hacer mención de algún hombre o mujer de piedad, de quienes el mundo no es digno. Bueno, así es como tiene que ser. ¿Para qué van a hacer publicidad de su reino rival?

Y de todos modos es mejor que el pueblo de Dios pase desapercibido por el mundo. “*El mundo no nos conoce, porque no le conoció a él*” (1 Jn. 3:1b). Cuando Cristo se manifieste, nosotros seremos manifestados con Él en gloria (Col. 3:4). Será entonces, y no antes, cuando nos correspondan los titulares. James Denney acertó al decir que: “Ningún cristiano debiera ambicionar nada más que ocupar, sin sobresalir, el lugar que Dios le ha dado en la vida. Cuanto menos notorios seamos, mejor para nosotros”.^{xvii}

Alguna emisora de radio es más exacta de lo que se considera cuando anuncia: “Te traemos el mundo cada 30 minutos”. Y lo mismo ocurre con el eslogan televisivo: “Traemos el mundo a tu hogar”.

Educación. ¿Qué diremos en cuanto a la educación? Cierta cantidad de ella es tanto deseable como necesaria. Queremos que nuestros hijos y jóvenes estén bien educados. Pero la palabra clave de esa frase es “bien”; por eso, el cristiano debe andar en una línea estricta. Debe entresacar lo precioso de lo vil, debe comerse el pollo desechando los huesos.

Actualmente la educación secular es un caos. Los que están en autoridad experimentan con cada sugerencia descabellada que se les presenta, y no enseñan lo básico. Cuando el público despierta ante el fracaso del sistema, los educadores sólo lo aprovechan para reclamar un aumento de sueldo. Pero lo que necesitan no es más dinero, sino más sentido común.

El mundo rehúsa ofrecer educación no adulterada. El sistema educativo es deshonesto y soberbio. Entreteje realidad y ficción. Presenta teorías como si fuesen verdades. No queriendo reconocer al Creador, atribuye el orden y el diseño a la “naturaleza”. Se jacta de liberalidad, pero es viciosamente intolerante para con la Biblia y cualquier enseñanza bíblica. No contento con lo que debería ser su tarea, se quiere meter en las casas y controla la vida familiar, dictar a los padres lo que pueden y no pueden hacer, y hacerse con la mente y la confianza de niños que no son suyos. “Todas las ideas y filosofías que moldean nuestro mundo en la actualidad están opuestas al cristianismo del Nuevo Testamento y se proponen barrerlo de la faz de la tierra”.^{xviii}

Entretenimiento. Otro aspecto del mundo es su sistema de entretenimiento. Es el

mundo de las películas, televisión, radio... y cada uno puede seguir y aumentar la lista. Juan Bunyan le llamó *la Feria de Vanidades* [en su libro clásico: EL PROGRESO DEL PEREGRINO]. Es el mundo de las indirectas obscenas, el lenguaje corporal indecente y las modas sensuales. No sólo populariza al pecado, sino que ridiculiza la castidad, la modestia y la pureza. Glorifica el sexo, la violencia y todo lo que rebaja la vida. En una descripción de las películas actuales, un conocido crítico usó expresiones tales como fealdad irremediable, horror y depravación, e intensa brutalidad.^{xix} Su plan oculto es embelesar a la gente que va en el camino al infierno; evitar que piense en temas eternos. Los que se dedican a entretener dan la impresión de que el placer o el pasarlo bien es la gran y única meta de la vida. Luego, alguna noche en su casa, ellos mismos se preguntan: “¿Eso es todo?” y se pegan un tiro en la cabeza.

Religión. De la misma manera que sólo hay dos mundos, también hay sólo dos religiones. La religión del mundo coloca al yo en el trono y enseña la salvación por buenas obras o cultivo de carácter. Tiene apariencia de piedad, pero niega la eficacia de ella.

Tolera ampliamente casi toda creencia, excepto al verdadero evangelio, y a toda persona excepto al cristiano fundamentalista.

Abandona la Biblia como si no fuese la Palabra inspirada de Dios, dejándola en la arena vacilante y movediza de la opinión humana. En el mundo dicen que no hay absolutos; todo es relativo (¡aunque esto mismo es un absoluto!). Así lava el cerebro de sus adeptos.

Reemplaza a Dios con el humanismo, creyendo que el hombre es el señor de su destino y el capitán de su alma.

Intenta silenciar a los verdaderos profetas. Los únicos que le agradan son los falsos que siguen la corriente, y los verdaderos cuando estén muertos.

Fue el mundo religioso quien crucificó al Señor de la gloria, por lo que la amistad y la comunión con éste es traicionar a Cristo.

El Señor Jesús está fuera de este sistema monstruoso, y llama también a Sus seguidores a que anden en separación. Los creyentes deben salir a Él, fuera del campamento, llevando Su vituperio (He. 13:11-14). Esto incluye separarse de la impía mezcla ecuménica entre llamados creyentes e incrédulos que ha llegado a ser tan común en la cristiandad de hoy en día.

Sí, en todos estos áreas, el discípulo ha de ocupar su lugar fuera del establecimiento. Su fuerza está en su separación del mundo. Arquímedes afirmó poder mover el mundo si tuviese un punto de apoyo fuera del mismo. Así ocurre también con el creyente, pero la condición es que debe mantenerse fuera.

DOS SABIDURÍAS: CONTRASTES FUERTES

Pensemos ahora en la sabiduría del mundo, contrastándola con la sabiduría de nuestro Rey y Su reino. Por su propia sabiduría, el hombre nunca puede llegar a conocer a Dios. Piensa que la predicación del evangelio es una verdadera locura, pero Dios en Su sabiduría lo usa para salvar a los que creen (1 Co. 1:21). El hombre jamás escogería cosas necias, débiles, viles, menospreciadas o insignificantes para realizar sus propósitos. Pero Dios las ha escogido así, y con ellas avergüenza a lo sabio y a lo fuerte, reduciendo el tamaño de aquellos a los que el mundo considera grandes (1 Co. 1:27-28).

De éstas y otras maneras, Él enloquece la sabiduría del mundo. No es de extrañar que Pablo dijese: *“la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: Él prende a los sabios en la astucia de ellos”* (1 Co. 3:19). Y la afirmación de Traill es también muy fuerte; él dijo: *“La sabiduría fuera de Cristo es locura fatal”*.

La locura más grande del mundo es la manera en la que rechaza la Palabra de Dios. Esto le priva de una autoridad infalible y le obliga a ir a la deriva en un mar de opiniones humanas. No nos confundamos: el hombre, o acepta la verdad de Dios o acepta la opinión humana. Y si se inclina por la opinión, surge la pregunta: *“¿Cuál es la opinión correcta?”* Son las ideas de uno en contra de las de otro. Suelen ser las opiniones vocales las que más arrastran, por muy incoherentes o extravagantes que sean.

El cristiano tiene un fundamento firme: la Palabra de Dios. Tiene un criterio absoluto para juzgar las palabras, los pensamientos y los hechos. Examina todo a la luz de las Sagradas Escrituras. Las opiniones humanas pueden oscilar, pero la ley de Dios no.

Con la Biblia, existen absolutos. Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Pero al rechazar la Biblia, todo es relativo; y así no se puede calificar algo como malo. Emborracharse y drogarse puede ser un problema genético o nada más que una enfermedad. La homosexualidad es un estilo de vida aceptable. La fornicación está bien mientras se haga en amor. La vida humana es sagrada excepto en lo tocante al aborto. La disciplina de los niños es tabú. El matrimonio no es más que un papel legal que se puede romper por cualquier causa. La puerta está abierta de par en par invitando al feminismo, la seducción psicológica, el humanismo, el misticismo oriental, el ocultismo y la idolatría. Lo que importa es la opinión que tenga la gente acerca de estas cosas.

El mundo exalta al hombre y a su intelecto. El creyente exalta la Palabra de Dios, y sabe que el principio de la sabiduría es el temor de Dios (Sal. 111:10).

El mundo da preferencia a los números grandes. *“¿Cómo pueden tantas personas estar equivocadas!”* algunos exclaman, pero la respuesta es que es muy fácil y muy típico. Voltaire dijo que Dios está de parte de los grandes batallones. Pero Dios enfatiza la calidad. Reduce el ejército de Gedeón de 32.000 a 22.000, y después a 300, para que sea bien obvio que la victoria es del Señor. El Señor Jesús escogió 12 discípulos, no 1.200. Para Dios, la mayoría no siempre tiene la razón; antes al contrario, normalmente la tiene la minoría despreciada, el remanente fiel. E. Stanley Jones dijo: *“Aborrezco esta lucha por los números que tan sólo conduce al egotismo colectivo”*.

El mundo dice: *“Cumple contigo mismo”*. La norma del cristiano es vivir para los demás, estimándoles como superiores a él mismo (Fil. 2:3).

La sabiduría convencional del mundo es salvar tu vida. Cristo aconseja a Sus seguidores que pierdan su vida por causa Suya y del evangelio (Mr. 8:35).

Para el mundo la grandeza consiste en ser servido, ser amo y señor (Lc. 22:25). El Señor Jesús mostró, con palabra y ejemplo, que la grandeza consiste en servir (Lc. 22:26-27). *“El egoísta se considera grande y es servido. El amor sirve y es grande”*.

El hombre del mundo se empeña en ascender a la cima, la fama, el prestigio. Pero el

discipulado cristiano es una senda que desciende y humilla, vaciando a uno de sí mismo (Fil. 2:7).

*El amor, con la largura de su vestido
Alcanza del suelo al polvo mismo.
Puede alcanzar lo sucio de la calle y del camino,
Y es porque puede, que debe hacerlo.*

El mundo calcula la riqueza según la abundancia de sus posesiones. El creyente la calcula según sus pocas necesidades. El rico necio acumula cosas materiales. El cristiano sabio lo deja todo por Cristo. El mundano hace tesoros en la tierra, el discípulo los hace en el cielo.

Dios considera necedad la sabiduría del mundo. Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres.

No obstante, el Señor Jesús pronunció la sorprendente declaración de que hay un aspecto en que: *“los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz”* (Lc. 16:8). Los incrédulos hacen provisión para el futuro; el futuro, en lo que a ellos respecta, está aquí en la tierra. Los hijos de luz no hacen provisión para su futuro en el cielo; viven para las cosas presentes en lugar de vivir para realidades eternas.

¿ A Eso Le Llamas Sabiduría?

En realidad, la sabiduría del mundo es una necesidad clara. Consideremos algunos ejemplos:

Muchos hombres del mundo son ateos. Ésta es una posición irracional, pues reclama para sí omnisciencia y omnipresencia (“Yo sé que no hay Dios en ningún lugar del universo”) y niega la más clara evidencia.

La evolución es un principio fundamental del sistema del mundo. El ser humano sabe que, si hay un Dios Creador, es responsable ante Él, y tal concepto le es totalmente inaceptable. Ya que no quiere retener a Dios en su conocimiento, se aferra a la evolución diciendo, en efecto, que la nada creó algo de la nada, y que puede haber diseño sin diseñador. ¡Eso es irracional!

La psicología intenta explicar el comportamiento humano, pero es inflexible no queriendo reconocer la existencia del pecado original. Es imposible explicar el comportamiento de las personas sin tener en cuenta su pecado por naturaleza y práctica.

La culpa del crimen se atribuye a los padres y al medio ambiente. Esto, por supuesto, intenta eliminar la responsabilidad humana; pero no funciona. Al ser humano no sólo le influye lo que hereda y su medio ambiente, sino y mucho más, por su propia voluntad.

Dios advierte a las personas que no cometan pecados, y declara cuál será el castigo correspondiente a la desobediencia. Pero el ser humano, terco, se zambulle en el pecado, sufre las consecuencias, y entonces se da la vuelta y le echa la culpa a Dios. Es tal y como lo describe la Biblia: *“La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón”* (Pr. 19:3). ¿Demuestra eso algo de sabiduría o de justicia?

En un mismo coche había estas dos pegatinas: Salvemos a las ballenas. Aborto: Derecho Femenino.

En San Francisco no están permitidas las pistolas de juguete, pero sí las de verdad.

La TV muestra cómo lograr crímenes exitosos, y cuando la gente los lleva a cabo, la sociedad inflige castigo.

A un asesino se le permitió alegar disminución de capacidad por haber comido demasiados pastelillos, y recibió una sentencia reducida.

En algunos países el gobierno subvenciona las plantaciones de tabaco, y cobra

impuestos en cada venta de cigarros, pero demanda a los fabricantes de cigarros que adviertan a los compradores de que el tabaco perjudica la salud.

Ahora el mundo considera al alcoholismo como una enfermedad. Pero sería la única enfermedad que se contrae por un acto de la voluntad, se vende en botellas, se regala, paga impuestos al gobierno, crea hábito, y excluye del cielo al paciente.

Se gastan cantidades incalculables de dinero para salvar de extinción a una especie de búho o pez exótico, mientras que millones de niños no llegan a nacer por haber sido asesinados en las salas de aborto. Alguien ha llamado al aborto: “el Holocausto silencioso”.

La navidad es una celebración nacional, pero en muchas escuelas públicas están prohibidos los villancicos.

La disciplina de niños está mal vista, y después los padres se preguntan por qué sus hijos son salvajes. Durante muchos años toda una generación de padres consideró como una biblia el libro del Dr. Benjamín Spock, *Baby and Child Care* (El Cuidado del Niño y del Bebé). Pero años más tarde admitió que había que culparle a él y a otros tantos “expertos” por la mala conducta de los niños de la actualidad. Él dijo: “La incapacidad de ser firme es, a mi parecer, el problema más común entre los padres de hoy en día. La sumisión de los padres a sus hijos sólo logra que los hijos sean más problemáticos y exigentes. Hace que la antipatía y falta de educación sean inevitables”.^{xx} Muchos padres podrían haberse evitado angustias si hubiesen seguido el libro de Proverbios en lugar de libros como el de Spock.

No está permitido que los maestros, sin el consentimiento de los padres, den siquiera una aspirina a un alumno o le lleven de excursión a la montaña, pero con frecuencia las adolescentes pueden conseguir un aborto legal sin que sus padres se enteren.

Cuando ocurre un accidente catastrófico, el gobierno nombra a una comisión para que investigue la causa. Esto es, a menudo, para desviar la atención de lo que en realidad ha sido un descuido de las normas o medidas de seguridad. Podrían haberse ahorrado dinero y salvado vidas actuando con prevención.

Los Estados Unidos gastaron un millón de dólares para estudiar los efectos del humo del cigarro en el perro, y 19 millones para comprobar si los eructos de las vacas y de otro tipo de ganado perjudica al ozono.

11 MODUS OPERANDI

Pensemos ahora en los métodos que el sistema del mundo emplea generalmente. Es común ayudar a los que te ayudan. Perseguir a los no conformistas. Revolverse, pagando ojo por ojo. Usar de violencia si es necesario. Hacer el menor esfuerzo posible por la mayor ganancia posible. Mostrar favoritismo. Repartir con avaricia (Mt. 20:1-16). Superar a los demás en un espíritu de competición (Stg. 3:14-16). Recurrir al soborno, el cohecho y la corrupción.

No así en el reino de Cristo. Allí ayudas a los que no te pueden recompensar (Lc. 14:12-14). Aunque sufres por hacer bien (1 P. 2:20) muestras amor para con todos (Ro. 13:8). Pagas bien por mal (Ro. 12:20; 1 Ts. 5:15). Practicas la no resistencia, poniendo la otra mejilla (Lc. 6:27-29). Vas hasta la segunda milla (Mt. 5:41). Muestras amabilidad y haces bien a todos los hombres (Gá. 6:10). Repartes según la necesidad, no conforme a la avaricia (Mt. 20:1-16). Prefieres la cooperación a la competición (1 Co. 12:25). Y eres estrictamente honesto, rehusando ceder ante cualquier práctica cuestionable (Ro. 14:17).

LAS ARMAS DE NUESTRA MILICIA

El mundo usa armas carnales. Aquí no nos limitamos a cosas como pistolas, tanques, barcos de guerra y aviones bombarderos. Casi siempre el dinero se usa como un arma carnal; el mundo cree que el dinero tiene la respuesta para todo, y que cada hombre tiene su precio. Por eso es común el dicho: “Tanto tienes, tanto vales”. La propaganda puede utilizarse como un arma carnal. El halago es una herramienta común, y no podemos olvidar la manipulación psicológica de la gente.

Permítaseme ahora mencionar cinco “bombas” potentes que hay en la armería cristiana, todas ellas vivificadoras, ninguna mortal.

Está el amor (Lc. 6:27-35). No hay que confundirlo con el afecto natural, pues todos tenemos algo de éste, y no hay nada de especial en ello. El amor cristiano es sobrenatural, que tan sólo se puede mostrar por el poder del Espíritu Santo. Se extiende hasta los indeseables. Presta y no pide nada a cambio. Pone la otra mejilla y va la segunda milla. Llega a los enemigos. Trata a los demás como gustaría que le trataran a uno. Los del mundo no pueden soportar semejante asalto.

La oración es un arma (Ef. 6:18). Puede mover a Dios para que haga cosas que de otra manera no haría (Stg. 4:2). Puede alcanzar y mover a otros hombres por medio de Dios. Puede cambiar el destino de naciones. El hombre se acerca a la omnipotencia cuando ora en el Nombre del Señor Jesús. El mundo puede legislar contra la predicación del evangelio, pero no hay manera en la que pueda frenar la oración. Ronald Dunn dijo así: “La intercesión es el arma secreta del reino secreto. Los cristianos lo sabían y, negándose a inclinarse ante Cesar, oraban por él. Es sobresaliente el que tanto Pablo como Pedro amonestaran a sus lectores a honrar y a orar por la mismísima persona que estaba desencadenando tan sangrienta persecución en contra suya—el rey (1 Ti. 2:1, 2; 1 P. 2:17)”^{xxi}.

La Biblia es un arma. A semejanza de ningún otro libro, esta espada del Espíritu es viva, poderosa y más cortante que cualquier espada de acero (He. 4:12). Puede iluminar el corazón más oscuro. Puede sumir en profunda convicción de pecado al ser más impío. Puede llevar el nuevo nacimiento al perdido, impotente y desesperado. Puede sustituir con gloria la ceniza, dar óleo de gozo en lugar de luto, y manto de alegría en vez de espíritu angustiado (Is. 61:3).

Otro arma es la semejanza a Cristo. Una vida de este calibre es una realidad contra la cual los hombres no pueden argumentar (Hch. 4:14). Una cosa es leer la verdad en un libro o folleto, pero otra cosa es ver la verdad encarnada en una vida humana. Puede que a las personas del mundo no les guste (por lo convincente que es), pero nunca la olvidarán.

La fe es un arma que vence al mundo (1 Jn. 5:4). Hace visible lo invisible y trae el futuro al presente. Aumenta con la adversidad y no se desalienta frente a la imposibilidad. Gana batallas, conquista reinos, libra a creyentes de fuego y leones. Puede trasladar montañas, secar un mar y dar vida a los muertos.

Todas las armas del cristiano son espirituales, no carnales; no son impotentes, sino poderosas. En comparación, las armas del mundo no son más que pistolas de juguete.

LOS HONORES VANOS DEL MUNDO

El mundo motiva a los suyos con uniformes deslumbrantes y honores tales como placas, diplomas, guirnaldas, medallas, títulos, trofeos, copas recordatorias. Una vez Napoleón, sosteniendo una pequeña condecoración, dijo: “con esto podría construir un reino”.

Por dinero el hombre trabaja incansablemente, viaja sin cesar, pone el peligro su salud, descuida su familia, da los mejores años de su vida a una sociedad anónima, y todo para que le despidan cuando ya no les hace falta o le empiezan a fallar las fuerzas.

Exprime su cuerpo al máximo para conseguir fama atlética. Para lograr un título prestigioso no escatimará ni el más grande sacrificio. ¿Qué no hará, para que aparezca su nombre en una revista profesional o en un periódico local?

Pero los honores del mundo son huecos. Pronto caen en el olvido, y carecen de valor duradero.

Spurgeon dijo que: “lo que el mundo da como recompensa es verdaderamente poco. ¿Qué hará por los que más ama? Cuando ha hecho todo lo posible, el último recurso del mundo es entregarle un título al hombre (¿y qué es eso?). Entonces le da un pilar bien alto y le coloca en la punta, para que allí soporte las inclemencias del tiempo, expuesto a toda tormenta; y allí está, ante la vista de cualquier necio, uno de los grandes hombres del mundo. Le han pagado en piedra. Eso es lo que, de todo corazón, le ha recompensado el mundo, pues de eso está hecho el corazón del mundo”.^{xxii}

LOS VERDADEROS HONORES

“A la hora de pagar, el mundo es tacaño y miserable; pero, ¿has oído alguna vez a un cristiano que se queje así de su Maestro? ‘No’, te dirá, ‘cuando sirvo a Cristo, siento que mi labor es mi paga; esa obra por Cristo es en sí su propia recompensa. Él me da gozo en la tierra, y plenitud de bendición después’. Oh, Cristo es un buen amo... El que sirve a Cristo no consigue a penas del oro y la plata que el mundo denomina preciosos, pero consigue el oro y la plata que ni el último fuego refinador podrán deshacer, sino que resplandecerán entre las cosas preciosas de la inmortalidad por toda la eternidad. El mundo es tacaño y miserable en sus recompensas, pero Cristo no”.^{xxiii}

El cristiano ve que los honores del mundo carecen de valor. “Si somos Suyos, no tenemos nada que ver, ni aun con la chispa más bella de la gloria de este mundo. Ten por seguro que aquello es tan solo una mancha de deshonor para el hijo de Dios. No importa cuál sea el premio de este mundo. ¿Porque lo hemos de desear? ¿No son nuestras todas las cosas? ¿No hemos de juzgar al mundo—¡sí! y a los ángeles? No me detendré mucho recordándote que estos objetos a menudo llevan en sí mismos el sello de su propia insignificancia y carencia de valor, y que sus sabios confiesan que lo bueno está en la lucha por conseguirlo, y no tanto en tenerlo. ¡Quién desconoce que aun una guirnalda es ‘suficiente’ recompensa para los esfuerzos de toda la vida de una persona! Excepto en esto, éstos son hombres sensibles. ¡Qué no haría y soportaría el más noble y rico por una pequeña condecoración de tela teñida!”^{xxiv}

Amy Carmichael, intrépida misionera en la India: “no deseaba lugar en la tierra sino en el polvo al pie de la Cruz”. En enero de 1919 se le notificó a ella, junto con otros, que el rey de Inglaterra quería honrarle. Ella rechazó tal invitación cortésmente, diciendo: “Me molesta participar en una experiencia tan distinta a la de Aquel que fue despreciado y desechado, no amablemente honrado”.^{xxv} Bajo extrema presión, finalmente aceptó, pero no fue a la ceremonia que se celebró en Madrás.

Baron von Welz, un acaudalado propietario holandés, fue conquistado y dominado por el amor al Señor Jesús y el deseo de llevar el evangelio a las almas que perecían. Dejó de amar su título y tesoros, y salió como misionero hacia la Guinea holandesa. Antes de partir, dijo:

¿Qué significa para mí el título “bien nacido”, si he nacido de nuevo en Cristo? ¿Y qué esto, que me llamen “señor”, cuando lo que yo deseo es ser uno de Sus siervos? ¿Por qué llamarme “su excelencia”, cuando necesito asirme a la excelencia y socorro de Dios momento a momento? Fuera con todas estas vanidades, y todo lo demás lo pondré a los pies de Jesús, mi amado Señor, para que no haya nada que me impida servirle como Él merece.^{xxvi}

William Kelly es otro caso en cuestión. Cuando su sobrino fue a la universidad, los maestros quedaron impresionados por su conocimiento del griego. Cuando le preguntaron, el sobrino les explicó que su tío, William Kelly, le había enseñado. Más tarde, cuando hubo una vacante en la facultad de griego, una delegación fue a visitar a Kelly para invitarle a suplir el puesto. Les resultaba duro trabajo comprender su renuncia. Finalmente, uno dijo exasperado: “¿Qué pasa, Sr. Kelly? ¿No quiere usted ganar un nombre en el mundo?” A lo que él sencillamente respondió: “¿Qué mundo, señores?”

Dave Hunt dijo: “Los cristianos estarían negando a su Señor si disfrutasen de la popularidad y los honores que este mundo presente puede prodigar. Esto no quiere decir que un cristiano no pueda prosperar en el negocio, la ciencia, el mundo académico, etc. De

hecho, los cristianos deben ser lo mejor posible en todo lo que hagan. Pero, ¡cuidado!, porque su habilidad, talento, y esfuerzo diligente ha de invertirse para la gloria de Dios, no para la suya propia. Este mundo carece de atracción para los creyentes; no le aman ni a él ni a sus aplausos. No se distraen de la carrera que deben correr (1 Co. 9:24-27; 2 Ti. 4:7-8) ni por las críticas del mundo ni por sus felicitaciones. Saben bien que, realmente, lo único que importa es la opinión que Dios tiene de ellos”.^{xxvii}

En un sentido muy real, servir a Cristo es su propia recompensa. Esto me recuerda a una mujer que, señalando a su perro, decía: “Este perro sólo desea dos cosas: saber lo que yo quiero que haga, y hacerlo”. Un entrenador de perros pastores decía: “No tienes que premiar a estos perros. Les basta con estar por las montañas, obedeciendo los silbidos del pastor”. Pero para el creyente hay otras recompensas. Hay coronas al final de la jornada: la corona de gloria, de justicia, de vida... y lo mejor de todo, las palabras del Salvador: “*Bien, buen siervo y fiel...entra en el gozo de tu Señor*” (Mt. 25:23).

Michael Griffith pregunta: “¿Qué tendremos para mostrar a cambio de nuestra vida? ¿Será medida por los pequeños premios y éxitos de la vida, o quizás algunos certificados de educación? ¿Copas de plata que indiquen la habilidad atlética, unas pocas medallas, o algún recorte de periódico? ¿Alguna subida de nivel en el trabajo, o tal vez la posición social en la comunidad? ¿Un reloj de recuerdo o un obsequio de jubilación? ¿Una esquela de defunción y un funeral bien asistido? ¿Es esto todo lo que nuestra vida habrá significado?”^{xxviii}

John Sung, evangelista chino, estaba volviendo a su hogar tras haber sacado un doctorado en los Estados Unidos. Al ir acercándose el barco al fin de su destino él bajó a su camarote, reunió sus diplomas, medallas e insignias universitarias, y lo arrojó todo por la borda. Algunos días más tarde, tuvo un sueño en el que él estaba en un ataúd, vestido con la toga y atuendos académicos, y sosteniendo un diploma en sus manos. Oyó una voz que decía, “John Sung ha muerto—ha muerto al mundo”. Entonces el cadáver empezó a dar señales de vida, y los ángeles lloraban. John dijo: “ángeles, no llores. Seguiré muerto al mundo”. Mantuvo esta noble resolución a lo largo de toda su vida.^{xxix}

“Estos son los peregrinos....Para ellos las regalías y glorias; los honores y los galardones; los deleites e indulgencias de los hombres, no tienen atractivo. Son hijos de un reino más sublime; miembros de una república más grande; burgueses de una ciudad más noble que ninguna que el sol haya mirado jamás. Los extranjeros pueden robar a un inglés de todo el dinero que lleve consigo; pero no resiente mucho perderlo, si todo su capital está bien asegurado en su patria, en el Banco de Inglaterra. ¿Cómo puede un ducado en un principado insignificante presentar atractivos al heredero de un imperio, que está pasando por el pequeño territorio con toda la rapidez que el vapor y sus riquezas pueden darle, para asumir la autoridad suprema de una monarquía poderosa? El peregrino no tiene otro deseo sino el de pasar pronto sobre el camino señalado y llegar a su hogar—un camino bien pisado por todos los siglos—cumpliendo con los deberes, desempeñando las demandas, haciendo frente fielmente a las responsabilidades que le incumben; pero acordándose siempre de que aquí no tiene ciudad permanente, y de que busca una venidera”.^{xxx}

Ser hijo de Dios es un honor infinitamente mayor que cualquier cosa que el mundo pueda otorgar.

15
EL HOMBRE DEL MUNDO

El ciudadano ideal del mundo es la persona de dinero, poder y personalidad brillante. Típicamente, se caracteriza por su soberbia y arrogancia, y conoce bien la envidia y el conflicto. En su determinación de enriquecerse, se vuelve intolerante para todo aquel que pueda constituirse como rival o competencia. Ante la posibilidad de enriquecerse, desecha la integridad, y está dispuesto a recurrir a prácticas carentes de ética. Vive para satisfacer sus apetitos naturales; en ese área, las fiestas y reuniones son insípidas a menos que el licor esté presente. Bajo su traje immaculado puede esconderse una vida de impureza. Tiene una esposa en casa y una amante fuera. Su vida mental está corrompida y su moral degradada. Su conversación está salpicada de tacos y lenguaje profano. Valora a otras personas sólo según él pueda “usarles”. En cuanto a genio, no cuesta mucho sacarle de sus casillas. A su parecer, confesar un error es debilitarse, y desconoce lo que es perdonar a otros. En otras palabras, no se eleva por encima de carne y sangre.

El hombre del mundo anda por vista, no por fe; si no lo ve no lo cree. Juzga por apariencia externa, y considera la belleza como la moneda de oro del valor humano.

Alguien escribió que: “la hermosura física es el atributo personal que más se valora en nuestra cultura....es por eso que los adultos favorecen más a un niño bonito que a uno normal. Los maestros tienden a dar mejor nota a los niños atractivos, y son los más guapos los que reciben menos disciplina. Los niños sencillos están más sujetos a que se les culpe de mal comportamiento. Y esta forma de discriminación continúa a lo largo de la adolescencia y hasta llegar a la vida adulta”^{xxx}

J. B. Phillips presenta la siguiente versión de las Bienaventuranzas, tal como las practican los hombres del mundo:

Bienaventurados los ambiciosos, porque de ellos es el mundo.

Bienaventurados los duros, porque la vida no les hará daño.

Bienaventurados los que se quejan, porque ellos se saldrán con la suya.

Bienaventurados los insensibles, porque ellos no se preocupan por sus pecados.

Bienaventurados los tiranos, porque ellos sacarán resultados.

Bienaventurados los conocidos por el mundo, porque ellos conocen el terreno.

Bienaventurados los agitadores, porque la gente les presta atención.^{xxxii}

16
EL HOMBRE DE DIOS

En las Bienaventuranzas, el Señor Jesús describió al ciudadano ideal de Su reino. Es pobre en espíritu, llora, es manso, tiene hambre y sed de justicia, misericordioso, limpio de corazón, pacificador, y paciente en la persecución (Mt. 5:3-12). En Su ministerio público, el Señor siempre se refería a Sus seguidores como los últimos, los más bajos, los pobres, los desheredados (ver Stg. 2:5). El hombre de Dios es de otro mundo, y es un enigma para sus amigos inconversos. Tanto con sus palabras como con sus obras, hace que los demás piensen en Cristo. Es amable, apacible y compasivo. No intenta vindicarse a sí mismo, sino que está dispuesto a perdonar a los que le hacen mal. En su vida no hay parcialidad, hipocresía, deshonestidad ni inmoralidad. Puede hablar sin jurar, y sabe disfrutar de buenos momentos sin necesidad de alcohol. Para él, el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.

El hijo de Dios anda por fe, no por vista (2 Co. 5:7). Es por eso, porque él mira con ojos de fe, que le es más deseable una reunión de oración que un partido de fútbol; que considera más importante la obra de un anciano de la iglesia que la presidencia del país; que le importa más un misionero desconocido que el hombre de negocios más próspero y exitoso; que estudiar la Biblia le resulta más emocionante que ver un documental de la televisión; que para Dios la iglesia es más importante que el mayor imperio. Cuando alguien anda por fe, de seguro hará por Cristo lo que jamás hubiese hecho por dinero. Para él creer es ver. Juzga según justo juicio, no por las apariencias.

“La prensa cristiana se queda embelesada ante un héroe de deportes, una actriz encantadora, un acaudalado hombre de negocios, o un político de alta posición que supuestamente ha llegado a ser cristiano. A éstos, a menudo novatos, inmaduros y mundanos, se les exhibe y exalta en la televisión cristiana— y se les presenta ante la iglesia como héroes de la fe, modelos para la juventud—y los cristianos se juntan a miles para exclamar ‘ooohs’ y ‘aaahs’ de admiración ante sus ‘testimonios’. Mientras tanto, el piadoso y humilde misionero, maduro en la fe, que ha permanecido fiel a Cristo a lo largo de décadas de privación, tentación, asperezas y peligros, ganando almas en campos difíciles, apenas puede reunir una pequeña audiencia. Obviamente, el cristiano normal admira más el éxito mundano que la piedad. Algo anda mal”^{xxxiii}.

¿QUÉ DE LAS OBRAS SOCIALES?

En años recientes, algunos dirigentes “cristianos” prominentes han criticado públicamente a los evangélicos por no involucrarse más en programas sociales para la mejora del mundo. Así, dan la impresión de que los creyentes han sido oscurantistas religiosos, contentándose con predicar el evangelio mientras que el mundo se va a pique. Según ellos, los cristianos debieran preocuparse más de los cuerpos que de las almas. ¿Cómo esperan que las personas, hambrientas y oprimidas, se interesen en un mensaje que les ofrece felicidad futura pero no presente? Y así siguen sus razonamientos.

¿Cuál es la respuesta a una acusación como ésta?

Nadie niega, ni por un momento, que el cristiano deba intentar aliviar la necesidad y el sufrimiento humano. El Señor Jesús es nuestro ejemplo supremo. Él anduvo haciendo el bien, sanando a los oprimidos del diablo, curando a los enfermos, dando vista a los ciegos y alimentando a las multitudes. Con la historia del buen samaritano, no dejó lugar a dudas en cuanto a nuestra obligación para con el prójimo, que es todo aquel que padece necesidad. En realidad, los cristianos siempre han estado al frente de programas caritativos, tales como hospitales, orfanatos, misiones e instituciones educativas. Habiendo dicho esto, no hemos de olvidar que la **primera prioridad** del creyente es el evangelio (Mt. 28:19-20). El propósito presente de Dios no es la mejora del mundo, sino tomar de las naciones un pueblo para Su Nombre (Hch. 15:14). Si vamos a estar trabajando para el Señor, ésta ha de ser nuestra meta también.

El evangelio es la **única** solución para los problemas del hombre. Sus necesidades espirituales son mayores que las físicas o sociales, pues la raíz de su problema es el pecado, y con eso tan sólo puede tratar el evangelio. El más eficaz de los remedios humanos no es mejor que una tirita. Tal y como dijo Jeremías: “*Curaron la herida de mi pueblo con liviandad*” (Jer. 8:11).

Es verdad que el evangelio tiene implicaciones sociales, pero no como muchos piensan. En la vida personal, dentro del contexto de nuestro vivir diario (no a nivel organizacional), hemos de hacer bien a todos: alimentar al hambriento, vestir al desnudo, mostrar compasión al enfermo, visitar a los que están en la cárcel. Pero, históricamente, las iglesias y organizaciones paraeclesiales que se mueven en el campo de los programas humanitarios no enfatizan el evangelio, sino que lo tienen como un accesorio, y algunos lo desconocen. El involucrarnos en obras sociales **nunca** debe tomar el lugar de prioridad principal.

Debemos recordar constantemente que nuestro llamamiento no es a mejorar el mundo. No hemos sido escogidos para transformar el mundo en un mejor lugar donde vivir. No se trata de reformación, ni de renovación, ni reinserción, ni rehabilitación, sino de regeneración. El mundo está bajo la maldición de Dios, por lo tanto, ¿para qué esforzarnos contra Dios?

Además, no tenemos ningún mandato bíblico para unirnos a los incrédulos en sus intentos de enderezar el mundo. El testimonio de la Escritura es totalmente contrario. ¡Prestemos atención! “*¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?*” (2 Cr. 19:2b). “*¿Andarán dos juntos, sin no estuvieren de acuerdo?*” (Am. 3:3). “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?*” (2 Co. 6:14, 15).

Los creyentes que contemplan el involucrarse en las reformas sociales, deben adquirir una perspectiva bíblica. Aquí tenemos unos ejemplos:

Campañas contra la guerra. Las manifestaciones por la paz son un ejercicio inútil. Hace unos dos mil años que el mundo rechazó al Príncipe de Paz y le clavó a una cruz de

malhechores. Desde aquel entonces, este mundo no se ha visto totalmente libre de guerra; y no habrá paz hasta que el Señor Jesús vuelva y establezca Su reino. El hombre no sabe cómo hacer paz, ya que el conflicto es endémico a la naturaleza humana caída. La paz, aunque deseable, es inalcanzable bajo las condiciones presentes, y ni las concentraciones por la paz, ni las pegatinas, ni las carteleras lograrán cambiar esta realidad. Todo ello es una pérdida de tiempo y dinero.

Programas mundiales de alimentación. ¿Quién osa desalentar los grandes esfuerzos que se hacen para socorrer a víctimas del hambre y la catástrofe? Un mínimo de compasión y decencia humana lo demandan. Pero la inquietante realidad es ésta: aunque las personas de un lugar determinado estén pasando hambre, no es porque haya escasez de comida en el mundo. El problema está en la religión falsa y en la avaricia del hombre. Por ejemplo, una religión prohíbe comer carne. Entonces, mueren las personas mientras que las “vacas sagradas” vagan por los campos, viviendo de las ofrendas de los pobres. Los gobiernos extranjeros mandan cereales, pero las ratas comen más que los humanos, porque los hindúes no matan las ratas. Después está el problema de la distribución. La avaricia humana retiene el alimento de aquellos que lo necesitan. Le niega los recursos a las minorías étnicas despreciadas y a los que se encuentran en el otro bando político o religioso. No permite que la comida se distribuya gratuitamente porque significaría perjuicios para el negocio. Sólo el evangelio ataca la religión falsa y la avaricia humana. Por eso Cristo es la respuesta a la necesidad del mundo.

Como ya hemos mencionado, los creyentes siempre han estado al frente de las obras humanitarias. Responden a casos de genuina necesidad. Son rápidos enviando alivio en tiempos de hambre o desastre; es lo que el cristiano ha de hacer. El problema viene cuando esto se convierte en la actividad principal y ocupa el lugar del evangelio. En la actualidad hay multitudes que necesitan alivio; y Jesús dijo: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios*” (Lc. 9:60).

Campañas contra el aborto. No hay duda en cuanto a que el aborto es homicidio. No hay duda acerca de la sinceridad de los militantes pro-vida que a menudo incluso están dispuestos a ser encarcelados por la causa. Pero este es otro caso en el que lo bueno se convierte en enemigo de lo mejor. Los piquetes no pueden impedir permanentemente a una mujer que ha decidido deshacerse de su pequeño que aún no ha nacido. Las marchas y manifestaciones anti aborto no son bíblicas, y no cambian la naturaleza humana. ¿No es mejor invertir este tiempo predicando el evangelio y testificando para Cristo? Es cuestión de prioridades.

Servicio militar. Respecto al servicio militar, hay argumentos muy fuertes tanto a favor como en contra. Matar es contrario a la enseñanza y espíritu de Cristo. Él dijo: “*Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían...pero mi reino no es de aquí*” (Jn. 18:36). También dijo: “*Todos los que tomen espada, a espada perecerán*” (Mt. 26:52). Por otro lado, ¿es la voluntad de Dios que las fuerzas armadas se encuentren sin la sal y la luz del testimonio cristiano? ¿Son, los que llevan las armas, más culpables que los que confeccionan los uniformes, el armamento, o cualquier otra cosa que contribuya al ámbito de la guerra? ¿Y qué de los policías que llevan armas, y Dios los considera como ministros Suyos (Ro. 13:4)? Si defenderíamos a nuestra esposa e hijos de un intruso, ¿por qué no hacerlo a nivel nacional? Repito, que hay argumentos en ambos lados. En una situación semejante, ¿qué ha de hacer el cristiano? Mi respuesta es que, si tiene que afrontar la cuestión del servicio militar en las fuerzas armadas, debe acudir al Señor y pedirle una clara indicación de la voluntad de Dios en ésta su situación particular. Puede que el Señor le lleve a ser un objetor de conciencia, o participar sin combatir, o alistarse con el propósito, no de matar, sino de servir como misionero a aquellos que se encuentran a las puertas de la muerte. No se puede negar que el militar es uno de los campos misioneros más amplios del

mundo. Si Dios encamina a alguien a las fuerzas armadas, aquellos que quedan cómodamente sentados en su hogar no deben arrugar su ceño pacifista en juicio contra él. Ni tampoco se ha juzgar a aquel que es llamado a ser objetor de conciencia o no combatiente.

Desobediencia civil. No existe justificación para que el creyente tenga parte en cualquier tipo de desobediencia civil. Su obligación principal es obedecer al gobierno humano. Aunque, por su puesto, hay límite; si el gobierno requiere que el creyente desobedezca a su Señor, él debe rehusar, pero aun así, no está rebelándose contra la autoridad sino que, con mansedumbre, sufre el castigo de su oposición.

18 CONCLUSIÓN

Dos reinos, ¡mundos opuestos! No podrían ser más contrarios. Uno es el imperio de maldad, el otro un reino de santidad. Uno es superficial, falso y fingido. El otro está saturado de realismo.

Cristo murió para librarnos del presente siglo malo (Gá. 1:4). “Tan peligroso es este siglo en sus tentaciones, y tan terrible en sus juicios venideros, que el gran objetivo de la misión de nuestro Señor era librarnos de ello; y los que viven en él, pero no son de él, son como los que viajan en la cumbre de una montaña, o como Moisés sobre Pisga, pues ven la relación de las cosas; comparan el desierto con la tierra prometida, el presente siglo malo con el futuro siglo de gloria, y de este modo anticipan y saborean el siglo venidero, adquiriendo un creciente disgusto por este siglo presente”.^{xxxiv}

Somos crucificados al mundo, y el mundo lo es a nosotros (Gá. 6:14). La cruz (no el crucifijo) es nuestra gloria. El creyente comete gran locura si entrega los mejores años de su vida para logros mundanos, ofreciendo después al Señor la colilla de una carrera gastada. Thomas H. Gill lo expresó bien:

*Al mundo mi corazón no daré
Y luego profesar Tu amor,
Ni a que la fuerza me abandone esperaré
Y luego esforzarme en Tu labor.*

*Los mandados de esta tierra
No haré con celo presto,
Subiendo luego la celeste cima
Con paso cansado y lento.*

*Toma mis años brillantes,
Y los gozos entrañables.
Para Ti la flor de mi vida,
La plenitud de mi corazón.*

No debemos conformarnos al mundo. Cuando se entrena a los marineros, la meta es destruir su personalidad civil junto con su manera de pensar y comportarse, para transformarlos conforme al molde marino. De la misma manera, Dios quiere que desechemos nuestras maneras mundanas de pensar y vivir, para rehacernos a la imagen del Señor Jesús.

El mundo pasa, y sus deseos. Vivir para esta sombra pasajera es como entretenerse ordenando las sillas de la cubierta del Titanic o enderezando los cuadros de una casa envuelta en llamas de fuego. Donald Grey Barnhouse dijo: “No debemos interesarnos en este mundo, pues es una civilización condenada, destinada a ser destruido por el Señor a quien crucificó. Los principios, métodos e ideales de nuestra vida no pueden mezclarse con los del mundo sin resultar adulterados o contaminados”.^{xxxv}

A. T. Pierson añadió:

Si lees Apocalipsis 17 y 18, encontrarás todo aquello de lo que nos jactamos: nuestra supremacía comercial, nuestra potencia marcial, nuestro lujo, nuestra extravagancia, nuestros inventos, nuestras artes mecánicas, y nuestras finas artes...todas están presentes en Babilonia, la cual incluso el ángel reconoce como ‘la grande’. Pero su grandeza no es de Dios; y perecerá, no tanto por causa de un asalto

externo, sino por su propia putrefacción, descomponiéndose en pedazos como una cáscara de huevo rota. Mejor que salgas de él, sino quieres verte involucrado en sus plagas.^{xxxvi}

Lutero reflejó la perspectiva correcta al declarar: “El imperio del mundo entero no es más que una corteza para echársela a los perros”.

Que la determinación de nuestro corazón sea:

Dejo el mundo, pues su gozo

Pasajero es, y liviano;

Y yo con Cristo me quedo,

Con Su amor dulce y eterno.

—Fanny Crosby

In Hoc Signo

*Los reinos del mundo marchan,
Con oro y púrpura brillan;
Van ascendiendo, suben y triunfan,
Pero al final quedan muertos,
Sin nada más que decir.*

*Tan sólo hay un reino divino,
Cuya bandera es triunfo eterno;
Su Rey es un siervo,
Su insignia una cruz.*

—Godfrey Fox Bradby

NOTAS FINALES

-
- i *The Ministry of Keswick, First Series*, Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1963, pág. 110.
- ii *The Boston Herald*, 15 Nov. 1990.
- iii Dr. J. H. Jowett, sin más documentación disponible.
- iv F. B. Meyer, *The Christ Life for Your Life*, Chicago: Moody Press, n.d., pág. 78.
- v *The Best that I Can Be*, Singapore: OMF Books, 1965, págs. 72, 73.
- vi *Lord of What's Left*, Grand Rapids: Baker Book House, 1982, pág. 83.
- vii *The Keswick Week*, 1983, pág. 154.
- viii E. Stanley Jones, *Growing Spiritually*, New York: Abingdon Press, 1953, pág. 18.
- ix *Don't Just Stand There...Pray Something*, Amersham-on-the-Hill, England: Scripture Press, 1992, pág. 57.
- x *Christianity Today*, 13 Ene. 1989, pág. 42.
- xi *Today's Choices for Tomorrow's Mission*, Grand Rapids: Academie Books, 1988, pág. 199
- xii Ronald Dunn, op.cit, págs. 212-213.
- xiii Dostoievski le escribió a su sobrina que había intentado describir a una persona moralmente perfecta, pero tenía que admitir que su héroe era defectuoso en muchos aspectos. Nadie puede escribir la historia de una persona perfecta fuera de la inspiración divina. Como dijo Renan: "Haría falta un Cristo para inventar un Cristo".
- xiv *Kingdoms in Conflict*, Grand Rapids: William Morrow/Zondervan Publishing House, 1987, pág. 274.
- xv *The Great Evangelical Disaster*, Westchester, IL.: Crossway Books, 1984, pág. 142.
- xvi *The Epistles to the Thessalonians*, New York: George Doran Co., n.d., pág. 161.
- xvii Ronald Dunn, op.cit., pág. 212.
- xviii
- xix Michael Medved, *The Battle Against Beauty and Truth*, Readers Digest, Jun. 1991, pág. 149.
- xx
- Tampa Tribune*, Fl., 22 Ene. 1974.
- xxi Op. cit., pág. 64.
- xxii *Words of Wisdom for Daily Life*, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, n.d., pág. 104.
- xxiii Ibid.
- xxiv William Kelly, no hay más documentación.
- xxv Elisabeth Elliot, *The Person Who Influenced Me Most*, Christianity Today, 7 Oct. 1983, pág. 30.
- xxvi Citado en la revista *Uplook*, Feb-Mar. 1993, pág. 18.
- xxvii Boletín C.I.B., Bend, Oregon, Mayo 1991, pág. 1.
- xxviii Sin más documentación disponible.
- xxix Leslie T. Lyall, *John Sung*, Chicago: Moody Press, 1954, págs. 40, 41, 47, 48.
- xxx F. B. Meyer, *Abraham*, Terrasa, Barcelona: Editorial CLIE, pág. 35.
- xxxi *Hide or Seek*, Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell Company, 1974.
- xxxii *Your God Is Too Small*, New York: The Macmillan Company, 1958, pág. 101.
- xxxiii Boletín C.I.B., Bend, Oregon, Mayo 1991, pág. 1.
- xxxiv Arthur T. Pierson, *Knowing the Scriptures*, NY: Gospel Publishing House, 1910, pág. 87.
- xxxv *Genesis*, Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1973, pág. 142.
- xxxvi *Christ Our Wisdom from God*, The Ministry of Keswick, First Series, Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1963, pág. 110.